

Esper...

Editorial

En situaciones límite se impone consultar. Exponer, escuchar y encontrar caminos comunes sin renunciar a las propias convicciones es dar oportunidad a la emergencia de nuevos encuentros y abrir el paso a la creatividad humana para construir la paz.

El anuncio de la Encarnación es paradigma de todo encuentro interhumano:

"A los seis meses envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una joven prometida a un hombre llamado José, de la familia de David; la joven se llamaba María. El ángel, entrando adonde estaba ella, le dijo: "Alégrate, favorecida, el Señor está contigo." Ella se turbó al oír estas palabras, preguntándose qué saludo era aquél. El ángel le dijo: "Tranquilízate, María, que Dios te mira con cariño; vas a concebir, darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; reinará para siempre en la casa de Jacob y su reinado no tendrá fin." María dijo al ángel: "¿Cómo sucederá eso, si no vivo con un hombre?" El ángel le contestó: "El Espíritu Santo bajará sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que va a nacer será santo, se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel: a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y la que decían que era estéril está ya de seis meses; para Dios no hay nada imposible." María contestó: "Aquí está la esclava del Señor; cúmplase en mí lo que has dicho." Y el ángel la dejó. (Lc 1, 26-38)

"María estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. Su esposo José, como era un hombre justo y no quería infamarla, resolvió repudiarla en secreto. Apenas tomó esta resolución, se le apareció en sueños el ángel del Señor, que le dijo: "José, hijo de David, no tengas

reparo en llevar contigo a María tu mujer porque la criatura que lleva en su seno viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás de nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados." Esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta: "Miren: la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emanuel (que significa "Dios con nosotros"). Cuando se despertó José, hizo lo que le había dicho el ángel del Señor y se llevó a su mujer a su casa. Y sin haber tenido relación con él, María dio a luz un hijo, y él le puso de nombre Jesús (Mt 1, 18-25).

Dios en su infinito respeto y delicadeza considera la dignidad de la persona humana y somete a consulta sus planes: Dios no da un paso sin proponerlo a la libertad humana; jamás se impone contra la voluntad del hombre. Con ello queda evidencia del camino que la humanidad tiene que transitar en la búsqueda de caminos de convivencia. Asimismo, revela a

José serenamente sus designios, para iluminar las oscuridades y robustecer la debilidad de la condición humana. El ángel Gabriel es el "facilitador" que ayuda a comprender un hecho que en nada es "normal", y que requiere la apertura de los corazones a una misión extraordinaria.

La consulta nunca exige renunciar a las convicciones, sino que, respetando al "otro", a sus sentimientos y vida, ofrece la oportunidad de encauzarlas hacia un plano que trasciende lo inmediato.

Llegamos al adviento, tiempo de reflexión, con los corazones divididos y enfrentados. El miedo, la desconfianza y la violencia se contraponen a nuestros deseos de convivencia y paz. El

país se ha ido empobreciendo material y anímicamente. El odio y las amenazas parecen penetrar nuestra

relación como hermanos. Las pasiones acorralan las fuerzas serenas de la razón y la solidaridad. La Comisión de la Verdad no ha podido ver luz no solo por acciones dilatorias de quienes tienen responsabilidad directa en la investigación de los hechos, sino por la falta de voluntad política para enfrentar la impunidad. Sin estado de derecho y sin poderes públicos independientes no hay democracia, ni hay derechos humanos. Sin paz no hay democracia.

Es hora de negociar

El diálogo no suprime las diferencias, sino que es el camino para procesarlas civilizada y democráticamente. Cuando se pretende imponer verdades sin escuchar al otro no es posible dialogar. Cuando se pretende justificar posiciones sin comprender que es lo que sustentan otras posiciones, no es posible negociar. Gobernar es negociar las diferencias en busca de un encuentro de voluntades. No es posible gobernar en contra de la mayoría, pero estemos claros tampoco puede existir convivencia democrática sin el reconocimiento de las minorías.

Gobernar desconociendo estas realidades es abocarse a la confrontación y reforzar vías sangrientas que ignoran la aspiración humana de construir la paz.

Los enfrentamientos y divisiones en nuestra Venezuela demuestran que es un pueblo con hondo sentir de su propio destino en libertad y en tolerancia. Tolerancia que en algunos momentos se ha querido interpretar como cómoda complicidad. Pensamos que es un profundo sentir hacia la convivencia sin violencia. Sin embargo, las manifestaciones de rechazo a la imposiciones, a la ineficiencia para resolver problemas de la gente, a la "mentira" como arma de manipulación, son expresiones claras

e inequívocas de maduración en una ciudadanía que no está dispuesta a dejarse someter a juro a ninguna hegemonía.

Es necesario volver a mirarnos a los ojos unos a otros. Es necesario romper la desconfianza de las agendas ocultas. Tenemos que recoger los sentimientos de duda y desconcierto de José ante el hecho "extraordinario" que le tocaba vivir y como él aceptar el mensaje de los tiempos.

Tenemos que construir con el arma que la libertad nos otorga en nuestras acciones y decisiones.

Tenemos que negociar para cambiar lo que nos va destruyendo. Para cambiar el presente y no volver al pasado. Es el camino para la negociación, para no quedarnos en lo mismo. Las tácticas dilatorias, que se pretenden utilizar para que nada cambie, aumentan la capacidad destructiva entre nosotros. Tenemos que salir al encuentro del otro.

Negociar es aprender a sumar y hacer juntos como venezolanos lo que no hemos hecho en los últimos veinte años.

Negociar en situaciones límites es entender con profundo sentido trágico de la existencia, que las voces del cambio son ensordecedoras y no permiten quedarnos en el mismo lugar justificando lo injustificable.

¿Qué estamos esperando: Más destrucción, más pobreza y más pérdidas de vida?

Difícil es no seguir por el camino de la destrucción ya trillado. Es muy fácil coincidir en la denuncia. Ambos son callejones sin salida. La confrontación y las divisiones nos han develado nuestra verdadera necesidad: encontramos en un horizonte común.

Nuestra realidad nos impone un compromiso compartido de corresponsabilidad. Hay realidades que no es-

peran. Tenemos que ir al encuentro de la pobreza que es la mitad del país y abrir los cauces a sus aspiraciones fundamentales y legítimas con el peso del compromiso moral de toda la República. Tenemos que ir a la estigmatización del odio. Tenemos que desterrar el miedo a vernos a los ojos. Tenemos que salir de nuestro mundo cerrado individual y ver, comprender y abrirnos a la reconciliación con el otro.

Después de veinte siglos de cristianismo el evangelio corre el riesgo de aparecer como una historia del pasado remoto. Marcos, en cambio lo anuncia como una "Buena Nueva" perenne dirigida a un pueblo que anhela el cumplimiento de sus esperanzas. Juan Bautista anuncia a Jesús como lo hacían los antiguos profetas en el desierto, donde el pueblo había sido sometido a la prueba. La voz que grita en el desierto desnuda las conciencias y requiere conversión de corazón y penitencia. Paradójicamente el Adviento que vivimos invita a la penitencia y a la alegría, a la conversión y a la esperanza.

Hay un evangelio escrito y otro que todavía atenemos que escribir, que Dios dijo ya su palabra definitiva, pero su silencio actual no significa que no dice nada, sino que ha encargado a los hombres y mujeres a pronunciar su palabra aquí y ahora. La paradoja de la historia de la salvación está precisamente en que nada está pre-programado, todo está por hacerse.

Pongámonos, pues, en acción para impulsar al mundo en su indetenible peregrinar hacia la salvación. Siempre es necesario preparar el camino del Señor. En nuestros días también tenemos muchos caminos que allanar, hondonadas que rellenar, lomas y montes que bajar.

Es hora de hincarse delante del que es más fuerte que nosotros, porque Él es nuestra salvación y la Buena Nueva para nuestro tiempo.